Guerra

y otros poemas

Miguel Hernández

(1910-1942)

Todas las madres del
mundo,
ocultan el vientre,
tiemblan,
y quisieran retirarse,
a virginidades ciegas,
el origen solitario
y el pasado sin herencia.

La sangre recorre
el mundo
enjaulada, insatisfecha.
Las flores
se desvanecen
devoradas por la
hierba.
Ansias de matar
invaden
el fondo de la azucena.
Acoplarse con metales
todos los cuerpos
anhelan:
desposarse, poseerse
de una terrible manera.

Desaparecer: el ansia
general, creciente,
reina.
Un fantasma
de estandartes,
una bandera quimérica,
un mito de patrias: una
grave ficción
de fronteras.

Músicas exasperadas,
duras como botas,
huellan
la faz de las esperanzas
y de las entrañas
tiernas.

Y un tambor
enamorado,
como un vientre tenso,
suena
detrás del innumerable
muerto que jamás
se aleja.

Un carnívoro cuchillo

Un carnívoro cuchillo
de ala dulce y homicida
sostiene un vuelo y
un brillo
alrededor de mi vida.

Rayo de metal crispado
fulgentemente caído,
picotea mi costado
y hace en él un triste
nido.

corazón, que de la
muerte
nadie ha de hacerme
dudar.

Sigue, pues, sigue,
cuchillo,
volando, hiriendo.
Algún día
se pondrá el tiempo
amarillo
sobre mi fotografía.

No cesará este rayo

¿No cesará este rayo
que me habita
el corazón de
exasperadas fieras
y de fraguas coléricas
y herreras
donde el metal más
fresco se marchita?

¿No cesará esta terca
estalactita
de cultivar sus duras
cabelleras

Impreso en Bogotá



Pálida, sobrecogida
la fecundidad se queda.
El mar tiene sed y tiene
sed de ser agua la tierra.

Alarga la llama el odio
y el amor cierra las
puertas.
Voces como lanzas
vibran,
voces como bayonetas.
Bocas como puños
vienen,
puños como cascos
llegan.

Pechos como muros
roncos,
piernas como patas
recias.
El corazón se revuelve,
se atorbellina, revienta.
Arroja contra los ojos
súbitas espumas negras.

La sangre enarbola
el cuerpo,
precipita la cabeza
y busca un hueco,
una herida
por donde lanzarse
afuera.

Crepita el alma, la ira.
El llanto relampaguea.
¿Para qué quiero
la luz
si tropiezo
con tinieblas?

Pasiones como clarines,
coplas, trompas que
aconsejan
devorarse ser a ser,
destruirse,
piedra a piedra.
Relinchos. Retumbos.
Truenos.

Salivazos. Besos.
Ruedas.
Espuelas. Espadas
locas
abren una herida
inmensa.

Después, el silencio,
mudo
de algodón,
blanco de vendas,
cárdeno de cirugía,
mutilado de tristeza.
El silencio. Y el laurel
en un rincón
de osamentas.

Mi sien, florido balcón
de mis edades tempranas,
negra está, y mi corazón,
y mi corazón con canas.

Tal es la mala virtud
del rayo que me rodea,
que voy a mi juventud
como la luna a la aldea.

Recojo con las pestañas
sal del alma y sal
del ojo
y flores de telarañas
de mis tristezas recojo.

¿A dónde iré
que no vaya
mi perdición a buscar?
Tu destino es de la
playa
y mi vocación del mar.

Descansar de esta labor
de huracán, amor o
infierno
no es posible, y el dolor
me hará a mi pesar
eterno.

Pero al fin podré vencerte,
ave y rayo secular,

como espadas y
rígidas hogueras
hacia mi corazón
que muge y grita?

Este rayo ni cesa
ni se agota:
de mí mismo tomó
su procedencia
y ejercita en mí mismo
sus furores.

Esta obstinada piedra
de mí brota

y sobre mí dirige
la insistencia
de sus lluviosos
rayos destructores.